

IMPORTANCIA DEL CATOLICISMO

EN LOS TIEMPOS MODERNOS ⁽¹⁾

Notorio es hoy en día un fenómeno, que llama por igual la atención de todos los espíritus, aunque separados por ideas religiosas totalmente opuestas, a saber: la importancia del Catolicismo en los tiempos modernos.

Esta importancia no sólo es debida a que han venido abajo muchos de los seculares obstáculos de todos conocidos, que desde fuera le cerraban el paso, sino mucho más a que un cambio brusco de ideas se ha operado en las regiones del espíritu. Pues salta a la vista la «crisis cultural» que atravesamos, que si por una parte nos recuerda otras que la han precedido en la historia de la humanidad, es como pocas profunda y aciaga. Tal hubo de ser la que precedió al origen de las nacionalidades germánicas, cuando el Gran Bonifacio se encontró con un pueblo vigoroso pronto para asimilar la cultura universal del Cristianismo e ilustrarse con la doble luz que brota armoniosamente de la combinación del orden natural y sobrenatural.

Hoy día, por el contrario, encuéntrase la humanidad gastada y como rendida en seguimiento de una luz fatua buscando en vano el esplendor de la luz abandonada luchando con mil obstáculos para volver al ideal antiguo.

Comenzó la decadencia de la antigua cultura cristiana al surgir el llamado Renacimiento, esa florecencia de la cultura pagana que se desentendió de Dios y de su Iglesia. Vino con ímpetu esta cultura impía fascinando los espíritus con sus postulados: mayor estima de lo corporal, culto de la forma armoniosa, afán por los bienes materiales, vida mundana, dominio del hombre en el universo por las ciencias, autonomía completa del hombre aún en el orden moral. Todas estas ideas humanísticas se han realizado, se han impuesto a la humanidad y han triunfado en todas las esferas, así material como espiritual: en el colosal progreso de las ciencias empíricas, en la acep-

(1) Traducción de *Stimmen der Zeit*, agosto 1925.

tación general de la filosofía positivista, en el aprecio universal del materialismo, en el predominio de la forma y en la literatura clásica, y por fin, en lo que significa a un tiempo el ápice del triunfo y el principio de una fatal ruina, el egoísmo más desenfrenado, como se manifiesta en el capitalismo moderno, y en el que es su polo opuesto el socialismo. Cuanto más se había ensalsado la soberbia humana, tanto más ha sido humillada.

En la esfera religiosa sucedió lo mismo: los valores absolutos de la Religión revelada por Dios venían a ser, en una parte del occidente, y en fuerza de una revolución religiosa, meramente relativos, dependientes del sujeto, y a tenor de su desarrollo intelectual. De este modo penetró también la corriente humanística en la religión.

Hanse puesto a prueba de entonces acá todas las variantes y aspectos de este tema, y no se va sino a derrocar a Dios de su trono y a levantar al hombre a las alturas de la divinidad.

I

Pero esta última pretensión no se ha realizado, antes al contrario, el hombre reconoce más cada día la completa bancarrota de estos sus ideales. Todavía avanzan arrastrándose pesadamente estas tendencias erróneas, manifestando precisamente por sus pasos tardos e inseguros su próxima muerte; ya que la humanidad se intranquiliza, como el moribundo en la agonía: busca algo, ¡ojalá que busque a Dios!, pues dice el gran Agustín: «Está intranquilo nuestro corazón hasta que descanse en Dios.»

Todo el mundo habla ya de esta efervescencia religiosa, que irresistiblemente y cada vez más sacude a la humanidad moderna. El alma, el espíritu oprimido se conmueve y manifiesta su deseo de llenar el vacío que la aqueja con la verdad absoluta, con valores absolutos.

De aquí que se comienza ahora a apreciar más el espíritu que la materia, se investiga ya y considera lo que, hace pocos años, se proscribía como incompatible con los métodos de la ciencia; crece cada día el número de escritos religiosos, libros, revistas, artículos que tratan de «problemas» religiosos; se estudian con interés las ideas religiosas, de todos los tiempos y de todas las naciones; ya no impresionan tanto las construcciones fantásticas del evolucionismo religioso, de Taylor y Wundt, sino todo el mundo reconoce en la historia de las religiones el *fondo absoluto*, el inalienable tesoro del alma humana. Se descubren otra vez los valores eternos en el hombre.

No son estas ideas síntomas aislados, sino que este modo de pensar es la corriente predominante de la filosofía moderna, aunque su tendencia, como se deja entender, no esté libre aún de toda escoria de humanismo y subjetivismo antiguos. No quita esto con todo que siga certera, según esta nueva orientación, hacia lo absoluto. Sin darse cuenta, y de fijo sin quererlo todavía, se acercan los espíritus cada vez más al fin instintivamente pretendido, que es ni más ni menos, la Religión Católica: la fe católica, la esperanza católica, la caridad católica, el dogma católico, la moral católica, el culto católico; en una palabra: la Iglesia Católica.

Aun los que militan en el campo opuesto, confiesen que las circunstancias de los tiempos actuales son favorables a la admisión de las ideas católicas. De aquí que en su odio inveterado, levantan el grito de guerra para salvar la situación amenazada, predominante, hasta ahora, del Protestantismo. Y para excitar el fanatismo de las masas, se multiplica el número de los artículos en revistas y periódicos, en los que se pintan con frases pavorosas los síntomas meramente exteriores del avance amenazador del Catolicismo: el número mayor cada día de eminentes estadistas, de conventos y colegios católicos, de sacerdotes y religiosas, y en especial de jesuitas. «Roma avanza», es la divisa desesperada. Con todo, mayores serían sus angustiosos celos si consideraran que aquellos síntomas exteriores no son lo principal, y que ni siquiera viene de parte de los mismos católicos este innegable avance de las masas hacia la Iglesia católica. Todo lo contrario sucede: las masas hostiles hasta ahora a aquella Iglesia de Roma, de sí mismas y por sí mismas, están sintiéndose llevadas de una ansia irresistible hacia las formas de una religiosidad, como se manifiesta en el Catolicismo.

¿No han sido escritos por católicos aquellos libros famosos sobre las ideas góticas del hombre, sobre la riqueza de cultura en el catolicismo? Aquel artículo sintomático sensacional de un economista como Sombart, de Berlín (*Neue Freie Presse*, Viena, 25 de diciembre de 1924), sobre *La luminosa Edad Media y la oscuridad del tiempo moderno*. Escribe entre otras cosas: «¿Cuál es la época que merece el calificativo de luminosa? Sin duda aquella en la cual predominan las ideas luminosas, cuyo centro de irradiación está en la eternidad, en aquel único espíritu central que es Dios. Dentro de esa sola luz eterna caminaba la Edad Media durante su existencia. Todo su ser se relacionaba con Dios, su vida cotidiana, su vida práctica, sus guerras, su música, su arquitectura. Por el contrario, los historiadores que nos

seguirán tendrán razón sobrada para apellidar la época actual, bien que al parecer de mucha ilustración, en realidad de verdad muy oscura, debida a su alejamiento, del foco de la luz eterna, en busca del caos tenebroso del individualismo. El caos: he aquí la idea única que expresa el estado actual de la humanidad, porque exótico e insensato es su modo de proceder.» (Así Sombart.) En la vida: guerras insensatas entre las naciones, desarreglo en la administración pública de los estados, manejos desenfrenados en el orden económico, en el cual, parece, reina sólo la ley del más fuerte, es decir, del menos escrupuloso; en la industria: actividad febril para construir la torre de Babel; en el orden religioso: un nuevo profeta en cada boca-calle, y en cada aula un filósofo con un «nuevo punto de vista».

No está la pobre humanidad para tales embolismos antes echa menos una luz segura que resuelva el caos de las tinieblas y la guíe a algo determinado. El único que puede poner orden en el caos es Dios, y en la dependencia de Dios consiste el orden y la armonía de las partes con el fin universal.

Esta tendencia de la pobre humanidad es el deseo de poseer lo que posee desde su existencia la Iglesia Romana, y que ella ha comunicado siempre a las naciones. Esta tendencia moderna resulta por tanto bien entendida, una marcha hacia Roma.

Y es tan marcada, que lo inaudito, sucede hoy día cuando vemos que revistas y periódicos no católicos buscan con ansia colaboradores católicos, para proporcionarse artículos como los desean las masas.

¿Qué pensamos y hacemos nosotros los católicos en presencia de este extraño fenómeno, que es la vuelta del hijo pródigo hacia la casa paterna?

Es absolutamente necesario que nosotros los católicos, y más aquellos de entre nosotros de más elevada posición y de más prestigio social, nos demos cuenta de la trascendental importancia de los críticos momentos que atravesamos, de esta crisis cultural inversa del mundo perdido hacia la Iglesia Católica, y de la tremenda responsabilidad que frente a ella nos apremia.

¡Felices nosotros que no hemos perdido este tesoro tan ansiado por los que nos rodean y carecen de la dicha de tenerlo! Nuestra es esta Iglesia que no ha sido arrastrada a esta catástrofe de la cultura humanística. Nuestra Iglesia ha quedado tal como antes intacta, intachable; ha guardado su antigua forma tal como apareció en las actas de los grandes Concilios Tridentino y Vaticano, conservando

completo el fondo de sus artículos de fe y no sacrificando ni una tilde de su ley santa.

Por ser tan conservadora, hubo tiempo es verdad, en que se vió aislada, abandonada, injuriada, calumniada, despreciada, hostilizada, como factor anti-cultural; ha pasado este tiempo, y ahora, en este diluvio moral moderno, en la actual catástrofe mundial, en esta crisis cultural, nuestra Iglesia es la única institución en el mundo, que ha quedado ilesa en medio de los embates de revolución y subversión, la única roca salvadora en el naufragio universal, a la cual todos miran con anhelo inmenso de refugiarse en ella, para lograr en la misma la estabilidad de su espíritu y la tranquilidad en el orden.

Nosotros, en la posesión venturosa de nuestra Iglesia Católica, apenas comprendemos la aflicción de los corazones que no disfrutan de nuestra dicha de ser católicos creyentes y prácticos. Pero el sentimiento humano, y más la caridad cristiana, nos obligan a darnos cuenta de la desgracia ajena y echar mano de los medios con los cuales podemos socorrer a los demás.

Sería un daño inmenso y un descuido imperdonable, si hoy día, en tan propicia oportunidad, los católicos, y más los ilustrados entre ellos, quedaran cobardemente escondidos y desanimadamente callados, encerrando así perezosamente los talentos encomendados a su administración por Dios Nuestro Señor, Rom. 13, 11 sgs. «¡Es ya hora de levantarnos del sueño. Porque ahora está más cerca la salud, de lo que nosotros veíamos. La noche ha pasado, y el día se acerca...»

Siempre ha sido un oprobio la cobardía, pero más al dar la hora de un triunfo seguro. Ya se avista la hora del triunfo, y en ella nos corresponde animarnos a una decidida confesión pública de nuestra fe católica, y a movernos a una enérgica acción católica.

Para descender a algunos detalles en este sentido, proponemos en las siguientes líneas lo que en las actuales circunstancias con razón y justicia espera de los católicos la humanidad acongojada. Son bienes, cuyo valor ya es conocido desde mucho tiempo, pero que no se han comprendido nunca como ahora, en que la humanidad pasa por tan trágicos momentos.

El tesoro incalculable que posee el católico, es en primer lugar, la seguridad de su convicción católica, su claridad en las cuestiones más trascendentales de la vida humana, la fe católica, el dogma católico.

No hace mucho que se hablaba en las filas opuestas a nosotros, de un cristianismo sin dogmas fijos (como lo pretendió y predicó Harnack en su libro sobre la esencia del cristianismo). Hoy día por el

contrario, ya están convencidos todos de que un cristianismo sin dogma es la muerte del cristianismo y su completa disolución. Semejante disolución dominaba ya en la filosofía, pero dan ya vuelta muchos investigadores para hallar la antigua firmeza de principios de la Edad Media, y por ella entran ya en el vestíbulo de la fe católica...

Los mismos progresos, por ejemplo, de la biología, demostraban que la simple mecánica o química no bastaban para sus explicaciones; el darwinismo quedó científicamente desahuciado; se despertó otra vez la antes despreciada metafísica, y este nuevo desarrollo de las ideas sacudió poderosamente los fundamentos de las hipótesis gratuitas de las ideas naturalistas, las que no podían ya resistir más a una inexorable crítica. La filosofía moderna declaró su bancarrota completa, y ante ella no quedó más remedio que volver al sistema antiguo de la filosofía perenne y a sus ideas sobre Dios, el hombre y el mundo.

Sin darse cuenta, tal vez, la vida intelectual se acercaba cada vez más a las ideas católicas. En realidad, para el espíritu humano no puede haber sistema más ideal que el dogma católico, este tesoro de verdades eternas, proporcionado por Dios mismo a la humanidad, garantizado por la misma Verdad Eterna, depositado por el Hijo de Dios en el Magisterio Eclesiástico; esta fe católica con su armonía acabada y universal entre Dios, el hombre, el mundo, la vida presente y la futura; este dogma católico infalible, esta Iglesia católica con su autoridad absoluta, y sin embargo, acomodada siempre a las circunstancias de los tiempos.

A pesar del aluvión ingente de escritos que parecen propugnar todavía las ideas modernistas, es un hecho que apenas exponemos nuestras verdades católicas, éstas hallan eco y resuenan en casi todos los corazones, porque como intuitivamente caen en la cuenta de que hablamos de lo que con ansia desapoderada les preocupa. Llenemos, pues estos deseos de la humanidad y oportunamente, y sin cobardía hablemos con todo nuestro corazón para llenar el triste vacío de los corazones ajenos!

II

Pero es más aún lo que puede proporcionar el católico a la humanidad afligida: la estabilidad del orden público.

El orden simplemente mecánico fracasó en todas las esferas de la vida humana: y así debía suceder después de haberse proclamado la libertad desenfrenada. El simple formalismo ético (el imperativo categórico de Kant), o la norma del interés calculado, no son suficientes garantías del orden.

1.º Porque nunca se han generalizado tales principios, nunca han sido populares ni comprendidos por el vulgo, al cual no le importa absolutamente nada de lo que hablen los profesores en la soledad de sus cátedras sobre la moral.

2.º Porque a estos principios les falta la sanción obligatoria.

Lo único que han conseguido estas normas de una malsana filosofía, es arrebatarse a la pobre humanidad el apoyo religioso de la moral teísta, sin proporcionarle algo que lo reemplace con solidez y que la equivalga. Consecuencias son éstas que llevan al hombre moderno al desequilibrio, sin prestarle resistencia alguna contra la violencia de sus pasiones.

En todos los conflictos de la vida pública prevalece el derecho del más fuerte. En todas partes aparece el egoísmo, tan pronto como se le da pie para imponerse.

Ni la fuerza pública de la policía es suficiente garantía para guardar la justicia. Se ve muchas veces que el poder público se compone de individuos reunidos con fines egoístas, y una vez conquistada la superioridad de su partido, imponen su voluntad y pretensión como derecho sancionado. El partido contrario naturalmente se inclina a la oposición.

La conciencia no es posible sino por el teísmo, por la convicción de que somos responsables ante la Justicia Divina por todos nuestros pensamientos, palabras y obras. Así se consigue la norma objetiva para estabilizar el orden público. Esta norma es parte esencial de la fe establecida por Dios nuestro soberano Señor. Y por lo tanto es santa, intangible y absoluta. Por ella, asimismo, se ve que también los representantes mortales de la autoridad pública están bajo la protección de Dios. Su poder les ha sido entregado por Dios; como dice la Sagrada Escritura: «Toda alma está sometida a las potestades superiores, porque no hay potestad, sino de Dios, y las que lo son, de Dios son ordenados.»

«Por lo cual, el que resiste a la potestad, resiste a la ordenación de Dios, y los que le resisten, se atraen a sí mismos la condenación.»

Por donde se ve que el orden público no es posible sino basado en la absoluta y soberana autoridad del Legislador eterno sobre todos los hombres, en la convicción que Dios nuestro Señor está presente en todas partes, es nuestro testigo y será nuestro juez. Así el orden ético o moral, para todos los casos y dificultades, tiene un apoyo que no falla jamás.

Así, y sólo en la suposición de un orden moral religioso, habrá justicia y derecho que nos obligue en conciencia.

Es en medio del caos moderno una inmensa ventura para la humanidad que exista la Iglesia Católica viviente en muchos millones de sus miembros, los cuales están obligados en conciencia, por su religión, a guardar el orden público. ¿Qué hubiera sido de la humanidad si no existiera este poderoso elemento sostén del orden público, que tenemos en la Iglesia Católica?

Los que quieren la subversión de todo, conocen muy bien los obstáculos que opone la Iglesia a sus intentos. Por esto los traidores a la patria siempre serán enemigos de la Iglesia. Así como la Iglesia permaneció siempre entera y pura a pesar de las revoluciones, así reconoce el mundo en ella la fuente inagotable de toda fuerza moral. (León XIII, Encicl. del 19 de marzo 1902.)

Nosotros los católicos tenemos que recuperar para nuestra patria esta garantía de estabilidad y progreso.

Lo tercero que busca la humanidad y lo que le puede proporcionar en abundancia el espíritu católico, es la caridad.

Jamás se ha escrito tanto como ahora sobre la caridad, y esto en una época como la nuestra, que rebosa odios encarnizados. Ya no impresiona tanto lo que antes se pregonaba como fraternidad universal, esa caridad humanitaria que se fundaba sólo en ser parte del género humano, y no en el cristianismo; ese ideal de la masonería corre también hacia la bancarrota (por los hechos contrarios provocados por la misma masonería internacional).

Vuelve la humanidad otra vez sus ojos a aquel ideal de la caridad, que tiene su centro en el amor eterno, en nuestro Padre que está en los cielos, en nuestro Dios, Creador, y en su Divina paternal Providencia, para con todas sus criaturas.

La caridad cristiana católica está fundada en nuestro Dios, Padre común. Amamos a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo por amor de Dios. La caridad es la vida, el centro, la esencia del cristiano.

La caridad cristiana tiene su insuperable ideal en Cristo nuestro Redentor, que dió su vida por nosotros. Lo que interesa a El, nos interesa a nosotros de igual modo.

Muchos buscan lo que ya poseemos en abundancia. La caridad es comunicativa. Por lo tanto demos al prójimo lo mejor que tenemos, la dicha de ser católico. Esto será el objeto de nuestras plegarias y de nuestra acción.

L. M. GIERENS, S. J.